TERESA

Á nadie; descuida... Quedará entre los dos... Guardar un secreto es también muy bonito, ¿verdad?

ENRIQUE

¡Muy bonito!

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín con verja al foro y puerta en el centro, en la casa de la Marquesa Viuda de Casa Molina. Dos butacas y seis sillas de mimbre. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON FRANCISQUITO, sentado á la izquierda en una butaca, dormido y con un libro sobre las rodillas. Después DON HELIODORO, que sale por el segundo término derecha.

D. HELIODORO

(Llamándole.) Don Francisco, don Francisquito, don Francisquito... quito... quito...

D. FRANCISQUITO

(Despertando.) ¿Eh?... ¡Ah! Don Heliodoro.

D. HELIODORO

¿Se dormía la siesta?

D. FRANCISQUITO

No, ya lo ve usted, leía muy entretenido... En mi cuarto hace un calor...

D. HELIODORO

Y en el mío. En esta casa, las únicas habitaciones cómodas son las de respeto. Nosotros, cuerpos pecadores, bueno es que nos mortifiquemos; este achicharrarnos de ahora y estos picotazos de mosquito, nos serán descontados en el infierno.

D. FRANCISQUITO

Don Heliodoro, ¿por qué es usted tan volteriano? Antes no era usted así, tan descreidote...

D. HELIODORO

Cuando tenía dinero, es verdad. ¿Qué quiere usted? Cuando se tiene dinero se cree en todo. A propósito.

D. FRANCISQUITO

A propósito de dinero, ¿verdad? Ya sé lo que va usted á decirme.

D. HELIODORO

Como que he dejado de dormir mi siesta, sólo por cogerle á usted aquí á solas, porque cuando presume usted que necesito hablarle, se me escurre usted como un anguila.

D. FRANCISQUITO

Por evitar discusiones.

D. HELIODORO

Discusiones, discusiones. Usted es el que puede evitarlas. Vamos á ver, don Francisquito, hoy no vamos á discutir, me da el corazón que hoy no discutimos.

D. FRANCISQUITO

No, señor, no discutimos, porque de una vez, y en redondo, se lo digo á usted. No puede ser, no puede ser, no puede ser.

D. HELIODORO

¿Lo ve usted cómo es usted el que empieza la discusión? No puede ser, no puede ser; siempre me dice usted lo mismo.

D. FRANCISQUITO

Porque usted me pide siempre lo mismo, dinero.

D. HELIODORO

¡Dinero! Cualquiera que le oiga á usted... ¡Dinero! Un anticipo de quince duros, un anticipo miserable.

D. FRANCISQUITO

Pero, don Heliodoro, si aún no estamos á quince. ¿Es posible que haya usted gastado toda su asignación?

D. HELIODORO

Mire usted, don Francisquito, todo se lo con-

siento á usted, menos que llame usted asignación á esa porquería. ¡Cuarenta duros una asignación!

D. FRANCISQUITO

Pero, cuarenta duros en quince días. ¿En qué pueden gastarse en este pueblo?

D. HELIODORO

Es que yo no me gasto el dinero en este pueblo, me lo gasto en mí, en mí propio, que me considero capital de primer orden. Lúculo come en casa de Lúculo. Heliodoro vive en sí mismo, no en este pueblo, ni en el otro... Yo, soy yo...

D. FRANCISQUITO

No lo eche usted á broma. Ya sabe usted que la señora Marquesa me tiene prohibido que le preste ó anticipe cantidad alguna.

D. HELIODORO

Pero, ¿qué necesidad hay de que lo sepa mi hermana?

D. FRANCISQUITO

Esa es buena, y es usted el primero en decírselo.

D. HELIODORO

¿Yo, yo? ¿Qué yo digo que usted me anticipa dinero?

D. FRANCISQUITO

No, decirlo no. Pero, ¿usted cree que necesita usted decirlo para que le conozcan á usted cuando tiene dinero? Todos los meses ya se sabe: del uno al diez, tiempo revuelto; del diez al quince bonanza.

D. HELIODORO

Calma chicha, querrá usted decir.

D. FRANCISQUITO

Y si yo me ablando, del quince al veinte, tempestad deshecha, ciclones y mareas vivas; de modo que, al depender de mí, he decidido que este mes se asegure el tiempo.

D. HELIODORO

Es usted un Gracián hablando por alegorías. Pero considere usted...

D. FRANCISQUITO

¡Nada, nada! Si insiste usted, se lo diré á la señora Marquesa. Este mes no hay anticipo.

D. HELIODORO

Pero don Francisquito, que ahora no es para lo que usted se figura. La partida de tresillo del Casino, me ha pintado muy mal... Tengo deudas, deudas de juego; usted sabe que las deudas del juego son sagradas.

D. FRANCISQUITO

¿Sí? Pues á mí no me paga usted nunca que jugamos y usted pierde. Recuerde usted los cuatro duros de la otra noche.

D. HELIODORO

¿Lo ve usted, lo ve usted cómo las deudas del juego son sagradas? No quiero que me avergüence usted por cuatro duros; le pago á usted en el acto si me anticipa usted veinte duros en lugar de quince.

D. FRANCISQUITO

Vaya, don Heliodoro, no tengamos un disgusto como siempre por estas tonterías. Si quiere usted diez pesetas, es lo que puedo darle, y no como anticipo, diez pesetas de mi bolsillo, que puede usted sumar á esa deuda sagrada.

D. HELIODORO

¡Diez pesetas! Aún no pido limosna... Guárdese, guárdese esas diez pesetas. ¡Ah, Heliodoro, Heliodoro, era cuanto te quedaba que ver en este mundo!... Deme usted veinticinco siquiera; son quince más y no es tan vergonzoso aceptarlas.

D. FRANCISQUITO

No tengo más, don Heliodoro; si las tuviera...

D. HELIODORO

Bien está; no discutamos... Vengan esas diez pesetas. ¡Apuremos el cáliz! Me debe usted quince; siempre hemos de acabar por que sea usted el que me deba dinero.

D. FRANCISQUITO

Y procure usted que la señora Marquesa no se entere.

D. HELIODORO

¿De qué se ha de enterar con diez pesetas? ¿Qué idea tiene usted de mí? Esto es encerrar á un águila en un cuarto bajo.

ESCENA II

Dichos y TERESA por la segunda izquierda.

TERESA

Hola, tío.

D. HELIODORO

¿Tampoco tú duermes hoy siesta?

TERESA

No; yo no acostumbro.

D. HELIODORO

Ni tu marido te dejaría; ronca de un modo... ya

le oigo, ya. Ahora que estamos solos, qué odioso me es tu señor marido.

TERESA

Tío, por Dios; no tienes razón, y además no estamos solos.

D. HELIODORO

Don Francisquito está en el secreto, en todos los secretos; es uno de nuestros más eminentes cucos.

D. FRANCISQUITO

Este don Heliodoro... La señora Marquesa ya le conoce y no le hará caso.

D. HELIODORO

Sí, sí; todos nos conocemos, don Suave, como yo le llamo. Es lástima que sus aptitudes diplomáticas se pierdan en tan reducida esfera.

D. FRANCISQUITO

Vaya, don Heliodoro...

D. HELIODORO

Dime tú si sostener el equilibrio entre las diez ó doce señoras que aquí mangonean, no es más difícil que sostener el equilibrio europeo.

D. FRANCISQUITO

Con su permiso, señora Marquesa, me retiro. Este don Heliodoro... *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA III

TERESA y DON HELIODORO

D. HELIODORO

El que no le entienda que le compre. Volviendo á tu marido.

TERESA

Tío, por Dios...

D. HELIODORO

Escúchame: si estamos de acuerdo, de otro modo no te lo diría. No puedo con esos hombres de una idea, que trazan la línea recta de su vida conforme á esa idea, muy orgullosos de ajustar á ella toda su conducta. Como si las ideas se tuvieran más que por una de estas dos cosas: por temperamento ó por conveniencia. En tu marido todo se une, porque, eso sí, es muy equilibrado. Es de esos hombres que gradúan con escala hasta las sonrisas: tanto para los iguales, tanto para los inferiores; para los superiores tanto. ¡Y con qué aire compasivo nos considera á los que no pensamos como él! Parece que quiere decirnos: «En este

mundo tengo que soportaros por desgracia; pero después... vosotros al infierno, yo á la gloria vestido y calzado»... División de castas. Te digo que es insoportable. A mí que me den santos de veras, San Franciscos, Santas Teresas, San Pablos, ó que me den fanáticos todo pasión y fuego: Savonarolas, Calvinos, Torquemadas; pero estos tartufos dulzones de ahora, que ni se abrasan ellos espiritualmente, ni nos abrasan materialmente, sin más armas que femeniles alfileres, me sublevan, me indignan... Uno de ellos basta para infernar una familia, lo sé por experiencia; figúrate multitud de ellos lo que harán en el mundo. Y son de manera que, si por tolerancia mal entendida, se les consiente, se envalentonan, y toman la tolerancia por miedo ó por acatamiento que se les debe; si por natural defensa se les combate... ¡Ah! Entonces son los primeros en invocar la libertad que ellos odian y la tolerancia que ellos no practican... ¡Mala ralea!

TERESA

¡Qué exaltación, tío!

D. HELIODORO

Hablo así, porque he padecido mucho con nuestra familia. Cierto es que cometí ligerezas y errores, cuando, al morir mi padre, me hallé dueño de una fortuna; me habían educado tan estrechamente, con tanta severidad, que, por natural reacción, rompí todo freno al verme libre. Y sucedió

lo que había de suceder. No habían fortalecido mi voluntad, la habían destruído: el sistema de educar y gobernar en España. Comprometí locamente mis intereses. La lección fué dura, pero pudo ser provechosa si entonces me hubieran salvado generosamente. Pero no; me consideraron incapaz de todo, volvieron á tratarme como de niño, cuando entonces empezaba en realidad á ser hombre. Mi cuñado, el marqués de Casa Molina, un hombre así como tu marido, hombre de ideas, de principios, se comprometió á salvarnos á mi hermano Ramón, tu padre, que era como yo, ya lo sabes, y á mí; pero de qué modo, humillándonos para siempre, incapacitándonos para intentar siquiera rehacer nuestro crédito y nuestra fortuna. Tu padre murió desesperado, yo... yo tuve que separarme de la mujer que era todo mi cariño, debí abandonarla con un hijo que era mi única ilusión, debí casarme con quien ellos exigieron; ya tú sabes si fuí feliz en mi matrimonio... Por todo entraron como invasores en nombre de su idea... por nuestra hacienda, por nuestra casa, por nuestro corazón. Y yo, sin voluntad entonces, consentí en todo, porque, como ellos aseguraban, creía yo que el nombre y el honor de nuestra familia era antes que todo y había que salvarlo á cualquier precio. Y todo se salvó, todo, menos la mujer que yo quería, mi hijo adorado... y yo, yo, que no soy yo, porque nada hay en mi vida que sea mío, y sólo me conozco, así, al protestar de tarde en tarde, unas veces con burlas, que pa-

recen bufonadas de loco; otras con rebeldías, que les parecen ingratitud... pocas, muy pocas, con lágrimas de muy hondo, para mí solo ó, como ahora, con alguien como tú... que lloras también... por mí y por ti al mismo tiempo... Porque algo padeciste de lo que yo he padecido... ¿No es verdad?, hija mía.

TERESA

Sí, tío, sí; sólo á ti me atrevería á decírtelo... ¡Soy muy desgraciada!

D. HELIODORO

¿Lo ves?... ¡Pobre hija mía!

ESCENA IV

Dichos y ENRIQUE por el tercer término derecha.

ENRIQUE

¿Estábais aquí? Ya decía yo: en el jardín debe haber alguien.

TERESA

¿Nos oiste hablar desde tu cuarto?

ENRIQUE

No; es que yo bajé por curiosidad; estaba escondido, en acecho.

TERESA

¿En acecho?

D. HELIODORO

¿Hay algo que acechar?

ENRIQUE

Ya lo creo. Muy interesante.

TERESA

¿Sí? Habla, habla.

ENRIQUE

Ya sabéis que desde que mamá se trajo aquí á Natividad, para que estuviera en casa hasta el día de su boda con Martín, la pobre muchacha no ha salido una sola vez, para evitar escenas como la pasada.

D. HELIODORO

Sí; es lo más parecido á un secuestro.

ENRIQUE

Ya sabéis que de Jesús no había vuelto á saberse nada.

TERESA

No. Hubo quien dijo que se había embarcado para el Brasil, ó qué sé yo dónde.

D. HELIODORO

Por cierto que, cuando dieron la noticia, todas

esas señoras clavaron los ojos en la muchacha para observar si le impresionaba mucho.

TERESA

Pero ella estuvo muy serena.

ENRIQUE

Ya lo creo, como que sabía que estaba aquí.

TERESA

¿Cómo?

ENRIQUE

Veréis. En estas horas de la siesta, ya sabéis que todos estamos recogidos en casa.

D. HELIODORO

Las personas serias sí... Tu madre lo tiene preceptuado con frase inapelable como todas las suyas: «A estas horas no se puede estar en el jardín». Pero nosotros nos hemos propuesto demostrar que se puede; con la mayor parte de las cosas de que le dicen á uno que no puede ser, sucede lo mismo; todo es atreverse.

TERESA

Deja contar á Enrique.

ENRIQUE

Ayer bajé yo como hoy, no tenía sueño, cogí un libro...

D. HELIODORO

Sí, de mi biblioteca particular, ya lo noté; ten cuidado que no lo vea tu madre.

ENRIQUE

¡Tío! No es tuyo el libro, te aseguro...

D. HELIODORO

Bueno, bueno; si yo no me asusto; ya he visto que le faltaban cuatro láminas.

ENRIQUE

¡Tío!

TERESA

¿Y qué libro es ese?

D. HELIODORO

¡Una friolera! «*El desnudo en el Arte.*» Tú verás dónde guardas las estampitas, porque como tu madre las coja...

ENRIQUE

¡Bromas del tío!

D. HELIODORO

Bueno, sigue; Teresita no se asusta tampoco.

ENRIQUE

¿Me dejas contar?...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

D. HELIODORO

Sí, hombre, sí; estamos muy interesados.

ENRIQUE

Pues estaba yo en el cenador leyendo y de pronto oigo pasos muy callandito y veo á Natividad que, mirando á un lado y á otro, se dirige á la puertecilla del huerto, la abre y entra Jesús, y los dos se ponen á hablar y estuvieron hablando una media hora, y al despedirse...

D. HELIODORO

Se dieron un beso.

ENRIQUE

¿Lo vió usted también?

D. HELIODORO

Como si lo hubiera visto.

TERESA

¿Y no pudiste oir nada?

D. HELIODORO

Sí, el beso. ¿Te parece poco? Por ahí comprendería que no regañaban.

ENRIQUE

Sí, oí algo; él quedó en volver hoy.

TERESA

¿Hoy?

ENRIQUE

Y es la hora; por eso bajé; pero, sin duda, como estábais aquí...

TERESA

¿Habremos desbaratado la combinación? ¡Qué lástima!

D. HELIODORO

Aún puede ser tiempo. Esto me interesa... Vámonos cada uno por nuestra parte... Yo haré como que salgo á la calle y volveré á entrar por el cocherón; vosotros hacéis como que entráis en la casa, volvéis á salir y os escondéis donde os parezca. Es preciso ver, enterarse...

TERESA

Sí, sí. Esa historia me interesa mucho...

ENRIQUE

¡Y á mí, y á mí! Es como si leyera una novela.

D. HELIODORO

Con estampas. Ahora dispersión general, y después al acecho.

TERESA

Sí, sí. ¿Dónde puedo yo esconderme?